tor que impide la evolución regular; es la condición esencial del acto antisocial, de las perversiones sexuales, de la miseria y de todas las formas de inadaptación profesional. A este título es uno de los grandes azotes de la humanidad».

El estudio continuado de las enfermedades sociales puso de manifiesto que aun aquellas de que se conocen los tratamientos más eficaces, persistían. Entonces fueron vislumbrándose aspectos no dependientes del tratamiento médico de las enfermedades y fué aclarándose que tales enfermedades persisten y persistirán en tanto la población pobre vive en cuchitriles oscuros, hacinados, mal comiendo, con déficit manifiesto en calorías, en vitaminas, sales, etc. etc.

Es decir que los factores principalísimos de la medicina social, estribos en que ha de apoyarse la eficacia de su gestión, han de ser: habitación y alimentación.

Por eso el aspecto económico de la higiene social por fuerza ha de ir cada vez más estrechamente unido al técnico.

Hay que tener además muy presente en medicina social el factor o causas psicológicas; aquel estado paradógico de conciencia colectiva de que os hablaba ayer, que infunde terror a enfermar y al mismo tiempo cohibe y retiene a los enfermos sin acudir a tratarse o haciéndolo de manera intermitente e ineficaz.

Pero antes de discriminar la parte de responsabilidad que nos toca a cada cual en tal estado de ánimo, quiero insistir en algunas consideraciones sobre la manera de proceder la medicina social.

La medicina en el sentido antiguo y tradicional trata hombres, y la enfermedad es algo más de lo que hay en estas unidades; la enfermedad está en el medio, en la naturaleza, en la sociedad, en las costumbres. Así se concibe muy bien que el médico pueda curar cada vez más enfermos, y que sin embargo la morbilidad, como se dice, no disminuya, sino que hasta aumente, y que la enfermedad dure siempre. Y es que se cortan las ramas pero el árbol persiste. Este es el famoso mito de la hidra de Lerna lleno de sugerencias y enseñanzas después de tantos siglos de adelantos. Aunque los exegetas modernos hayan roto cruelmente el encanto mítico, y conviertan el enorme dragón fantástico que tenía su guarida en los pantanos de la Argolida y aquel su hálito que al decir de los antiguos textos infectaba la comarca entera y causaba la muerte a quien lo respiraba, en prosaica nube de anofeles cargados de parásitos de paludismo; y el séptimo trabajo de Hércules que dió fin del monstruo cortando todas las cabe-

Diputación de Almería — Biblioteca. Boletín Inst. Prov. Higiene (Almería). 1/8/1935, p. 6